

# EL EMPLEADO DOBLEMENTE LIBRE: EL INDIVIDUO EXTENUADO DESPUÉS DE SU HUNDIMIENTO

*The Doubly Free Employee: The Exhausted Individual After its Decline*

ARNE KELLERMANN\*

[arne.kellermann@hu-berlin.de](mailto:arne.kellermann@hu-berlin.de)

Fecha de recepción: 15 de agosto de 2013

Fecha de aceptación: 22 de agosto de 2013

## RESUMEN

Partiendo de que la conciencia está conformada de manera fundamental por las formas de supervivencia, el presente artículo analiza la constelación en que se configura hoy el trabajo asalariado. Desde una crítica de la tesis del empresario de la propia fuerza de trabajo, desarrollada por H. J. Pongratz y G. G. Voß, intenta rebasar los límites de la sociología post-marxista del trabajo. Colocando esta tesis restringida en el marco del estado actual de la historia capitalista de la violencia vuelve a situar la discusión sobre el trabajo asalariado postindustrial en relación dialéctica con la totalidad transformada que está en su base. La época neoliberal se analiza como una totalidad de exclusión violenta del mercado de trabajo encargado de asegurar la supervivencia. Finalmente, el texto presenta un esbozo del modelo de subjetividad en una época de superfluidad constitutiva de todos los individuos y para ello actualiza el concepto psicoanalítico de mecanismos de adaptación desarrollado por Paul Parin.

*Palabras clave:* empresario de su propia fuerza de trabajo; sociología del trabajo; historia capitalista de la violencia; neoliberalismo; psicología social; subjetivación; superfluidad.

## ABSTRACT

Coming from the insight, that consciousness is basically shaped by the contemporary forms of surviving, this paper throws a glance on the actual constellation of wage labour. Criticizing the thesis of the entrepoyee [Arbeitskraft-unternehmer] of H. J. Pongratz and G. G. Voß, it tries to exceed the limits of post-marxist sociology of work. By putting the restricted thesis in the frame of today's condition of the capitalistic history of violence it puts the discussion

---

\* Humboldt Universität zu Berlin (Alemania).

of post-industrial wage labour back into its dialectic with its changed underlying totality. The neoliberal totality is marked as a totality of violent exclusion from the survival-assuring labour market. The paper draws an outline of subjectivity in times of the constitutive redundancy of every individual, by actualizing the psychoanalytical concepts of the adaptation mechanisms developed by Paul Parin.

*Key words:* entployee; sociology of work; capitalistic history of violence; neoliberalism, social psychology; subjectification; redundancy.

*Para Malte, como agradecimiento  
Por darme la fuerza para ver\*\**

Para quien tiene cierta familiaridad con la teoría crítica de Adorno, resulta difícil discernir en qué podría consistir el grandioso aporte de novedad de los trabajos sociológicos contemporáneos. Cuando uno, ya sea llevado por la propia experiencia o por el ubicuo horror de las relaciones laborales actuales, analiza las formas contemporáneas de trabajo y centra su atención en los estudios –ya no totalmente– actuales sobre “el empresario de su propia fuerza de trabajo” [*Arbeitskraftunternehmer*]<sup>1</sup>, desde la primera lectura no logra deshacerse de la impresión de que todo lo que allí se dice puede leerse en una formulación más hermosa, más contundente y más certera en los textos de Adorno –por ejemplo en *Minima moralia*<sup>2</sup>–. Ante una sociología académica (del trabajo) que sólo parece capaz de descubrir relaciones sociales que se han generalizado hasta tal punto que ya no es posible evitar percibir las; ante una sociología que, por ese motivo, sólo plantea reflexiones sobre cómo se puede proteger al barco ya hundido de la entrada del agua, reflexiones que dan la impresión de ser absurdas y, en todo caso, no están en condiciones de hacer

\*\* Agradezco cordialmente a Theodora Becker y Andres Harasser sus importantes anotaciones y críticas. También agradezco enormemente a Jordi Maiso la traducción del texto, sabiendo que el más cordial agradecimiento en absoluto alcanza a corresponder el trabajo que ha realizado.

<sup>1</sup> Cfr. Hans J. PONGRATZ y Günter G. VOR: “Die Arbeitskraftunternehmer. Eine neue Grundform der Ware Arbeitskraft?”, en: *Köllner Zeitschrift für Soziologie und Sozialpsychologie*, 1, 1998, págs. 131-158 y “Vom Arbeitnehmer zum Arbeitskraft unternehmer. Zur Entgrenzung der Ware Arbeitskraft”, en H. Minssen (ed.): *Begrenzte Entgrenzung*, Berlin: Sigma, 2000, págs. 225-247.

<sup>2</sup> Theodor W. ADORNO: *Minima Moralia. Reflexiones desde la vida dañada*, Madrid: Akal, 2004. Cfr. sobre todo los fragmentos 88, 91, 97, 124, 137. Por lo demás en *Minima moralia* pueden encontrarse también pasajes en los que, de la mano de determinadas constelaciones entre individuo y sociedad, se exponen aspectos que se han universalizado con la figura del empresario de su propia fuerza de trabajo. Cfr. por ejemplo los fragmentos 25, 57, 63, 75, 113, 121, 138.

frente a una situación que ya se ha generalizado; ante semejante sociología uno siente la tentación de limitarse a sacudir la cabeza y dedicarse a un trabajo teórico que sería eufemístico calificar de esotérico, pero que no se resigna a abandonar la idea de verdad y no desiste de la necesidad de analizar seriamente las relaciones sociales. Cuando estas pasan a ser el blanco de la crítica –pese a y a causa de su capacidad de permear todo, que crece en proporciones apenas imaginables–, un pensamiento consecuente en términos de filosofía de la historia obligaría a centrar la atención en transformaciones sociales que –si bien ya hace décadas que se podía advertir cómo cobraban forma en determinados fenómenos sociales– hoy son analizadas incluso desde una sociología académica que evita todo contacto con la experiencia social de la negatividad de lo existente. Este hecho señala que tendencias sociales que ya habían sido anticipadas y criticadas se han materializado y generalizado hasta un punto que revela, a nivel fenoménico, que su generalización se basa en algo más que en la pura transformación cuantitativa, y esto podría ser resultado de elementos cualitativamente nuevos que exigirían, una vez más, el trabajo del concepto.

## 1 EL “EMPRESARIO DE SU PROPIA FUERZA DE TRABAJO” - UN HALLAZGO DE LOS ANÁLISIS RECIENTES

*... porque la mentira no es el único y exclusivo requisito de la vida,  
incluso si algunos no contemplan otras posibilidades*

*Imre Kertész*

El término “empresario de la propia fuerza de trabajo” [*Arbeitskraftunternehmer*] se introdujo en el terreno de juego académico de la mano de los sociólogos alemanes Hans J. Pongratz y Günter Voß; su objetivo era comprender las transformaciones que se habían producido en las relaciones laborales con el “neoliberalismo” –o mejor: con la realización del capitalismo en su fase actual–, desde el final del fordismo y con la disolución de la relativa estabilidad de la economía de posguerra. La “edad de oro” del capitalismo<sup>3</sup> había quedado atrás, y el colchón que amortiguaba las inclemencias de la forma de socialización vigente en los centros del capitalismo se consumió en el curso de pocas décadas. Se pulverizaron incluso los últimos

<sup>3</sup> Eric J. HOBBSAWM: *Die Zeitalter der Extreme*, Munich: dtv, 2009 [trad. cast. *Historia del siglo XX*, Barcelona: Crítica, 2012].

residuos de un interludio de relativa estabilidad y prosperidad que había tenido dos condiciones de posibilidad en la Segunda Guerra Mundial: el aumento del desarrollo de las fuerzas productivas y, paralelamente, la destrucción de una sobreproducción<sup>4</sup> que ya no podía ser revalorizada. Se esfumó el poder del material humano necesitado y por ello cortejado –como mero portador de fuerza de trabajo y de consumo– durante un breve periodo y, con ello, la relativa humanidad de las relaciones laborales conquistable con ese poder. Este proceso se aceleró a finales del pasado siglo –en el momento en que se creaba el término “empresario de la propia fuerza de trabajo”– con el fin de un socialismo soviético que se presentaba como alternativa<sup>5</sup>. Si la situación política mundial de la “competencia entre sistemas” –cuya primera función ideológica había sido ocultar la conformidad de ambos sistemas, en el Este y en el Oeste, con la perpetuación de un dominio basado en la violencia– había contribuido a suavizar un poco la imposición incondicional de la presión de la economía política, en el mundo unificado por la fraternidad capitalista ya no había freno alguno: la coacción de la valorización del valor se imponía de modo inmediato –y esto quiere decir: sin la pretensión de ser el mejor sistema ni el estorbo que esto supone. Esa coacción derribó todo lo que se oponía a su fuerza –inclusive, como hoy sabemos, “todas las murallas chinas”<sup>6</sup>–.

En esta situación histórica, que se minimiza con talante socialdemócrata usando categorías como “globalización” o “internacionalización”, los sociólogos de aquellos países que aún podían permitirse la existencia de empleados “como dios manda” gracias a una historia secular de explotación y de una acumulación de prebendas resultante de ella, se unieron a coro en amnésicas cavilaciones sobre la erosión de un privilegio históricamente conquistado a través de la violencia. Para designar el estado de quienes se encontraban entregados sin defensa ni lucidez a esa situación, inventaron etiquetas como “nueva autonomía” y denominaron “hombres flexibles” o también “empresarios de su fuerza de trabajo” a quienes que tenían que entregarse cada vez más a esta presión.

<sup>4</sup> Pese a que esta descripción con categorías de la economía política pase por alto lo esencial –de ahí su carácter eufemístico–, sí que acierta a señalar lo que *también* sucedió en esta época. No entraremos a analizar aquí hasta qué punto las propias categorías de la economía política se transformaron de manera fundamental en las fracturas sociales de la “era de las catástrofes” (Hobsbawm).

<sup>5</sup> Tan solo señalar en este sentido que definir este socialismo como un “capitalismo de estado” revelaría más de su (no-)verdad objetiva de lo que permitía el uso –denunciador o autolegitimador– del término “socialismo”.

<sup>6</sup> Karl MARX y Friedrich ENGELS: *Manifest der Kommunistischen Partei*, en *Marx-Engels Werke*, t. 4, Berlín: Dietz, 1981, pág. 466 [trad. esp. Madrid: Alianza, 2002].

Según sus descubridores, “a largo plazo” el empresario de su propia fuerza de trabajo quizá llegue a sustituir “como prototipo al trabajador de base profesional”<sup>7</sup>; o al menos a complementar el antiguo modelo. Esto significaría el surgimiento de “un nuevo tipo social de fuerza de trabajo, más individualizado y vinculado al mercado”. Pero no solo eso: según los autores, y “de acuerdo con [su] suposición fundamental”, este desarrollo podría llevar “a una transformación novedosa y con enormes implicaciones de la constitución social de la famosa (¡sic!) ‘mercancía fuerza de trabajo’”<sup>8</sup>.

Si bien ya sería posible mostrar en el discurso sobre el carácter del empresario de su propia fuerza de trabajo tanto la completa ausencia de concepto y experiencia como su orientación ideológica a partir de los dos puntos de referencia contradictorios –por una parte el trabajador “asalariado convencional”, “por lo menos en Alemania”<sup>9</sup> (lo que evidencia el carácter nacionalmente limitado de la ‘convención’ y la estructura de explotación internacional en la que se apoya), y por otra el “empresario de su propia fuerza de trabajo altamente individualizado”<sup>10</sup>, que se ha ido expandiendo por el mundo atravesado por un proceso de capitalización marcado por la crisis–, vale la pena analizar el modo en que los autores presentan las transformaciones sociales. Para ello es necesario comprender en su contexto social objetivo las tendencias que convergen en la figura del empresario de su propia fuerza de trabajo para dar lugar a una nueva estructura, así como exponer los aspectos relevantes que surgen aquí para analizar la constitución de los sujetos hoy.

Los rasgos característicos del empresario de su propia fuerza de trabajo –que los autores condensan en una caracterización casi propia de un tipo ideal– consisten fundamentalmente en tres aspectos:

“un aumento del ‘auto-control’ de la actividad en el lugar de trabajo, con el consecuente aumento sistemático del valor de la fuerza de trabajo para la empresa, un incremento de la ‘auto-economización’ de la propia capacidad de trabajo y una tendencia hacia la ‘auto-racionalización’ forzada del contexto vital de los afectados”<sup>11</sup>.

<sup>7</sup> Hans J. PONGRATZ y Günter G. VOß: “Von Arbeitnehmer zum Arbeitskraftunternehmer”, ob. cit., pág. 226.

<sup>8</sup> *Ibid.*, pág. 229.

<sup>9</sup> *Ibid.*

<sup>10</sup> *Ibid.*, pág. 230.

<sup>11</sup> *Ibid.*, pág. 230.

Las tres transformaciones en la forma de aprovechar la fuerza de trabajo que aquí se constatan llevan, según Pongratz y Voß, a un “nuevo grado en la intensificación del aprovechamiento de la fuerza de trabajo”<sup>12</sup>.

### I.

El primer aspecto aquí constatado –el “aumento del auto-control”– se refiere a un añadido específico de la mercancía fuerza de trabajo en su fase actual que Pongratz y Voß reconocen en el empresario de su propia fuerza de trabajo. La mercancía fuerza de trabajo se enriquece con la “disposición y la capacidad para gestionar el problema de la transformación”<sup>13</sup>, es decir: con un “refuerzo y, sobre todo, una explicitación del auto-control y la autovigilancia activa del propio trabajo”<sup>14</sup>, de modo que el control de la transformación del potencial de la fuerza de trabajo en trabajo efectivamente realizado se le impone al empleado. El control empresarial de la forma de trabajo del empleado se ve sustituido por una regulación individual del gasto de fuerza de trabajo, de manera que el auto-disciplinamiento se incrementa de modo potencialmente ilimitado: nada se interpone ya entre el asalariado y el trabajo que debe realizar para percibir su salario –salvo la presión de no poder fallar. Nada más se interpone ya entre el individuo y la coacción abstracta a la valorización del capital. Al igual que ya no puede contar con los residuos de solidaridad de unos asalariados completamente atomizados, el individuo tampoco se encuentra con encarnaciones del capital que ejerzan sobre él una coacción inmediata: ya no hay formas de resistencia o de heteronomía que se opongan a la libertad objetivamente individualizada para autoexplotarse. A falta de mediación institucional, la obligación de realizar las tareas asignadas se exagera hasta convertirse en la coacción sobreexplotada a derribar toda forma de resistencia objetiva. El empresario de su propia fuerza de trabajo se enfrenta a la alternativa de presentar resultados que satisfagan las exigencias específicas en cada caso o ver cómo se disuelven completamente los últimos residuos de subjetividad –la supervivencia material y la autoestima– en un proceso de hundimiento sin reservas.

Como ambos sociólogos, en consonancia con las tendencias propias de su gremio, no quieren saber nada de unas relaciones sociales marcadas por la violencia ni de su génesis histórica, sino que prefieren dedicarse a construir tipologías para la

<sup>12</sup> *Ibíd.*, pág. 234 (subrayado en el original).

<sup>13</sup> *Ibíd.*, pág. 232 (subrayado en el original).

<sup>14</sup> *Ibíd.*, pág. 231 (subrayado en el original).

discusión académica y para el próximo proyecto de investigación, tampoco pueden ver hasta qué punto el “abaratamiento” de las mercancías ha constituido el fundamento de una nueva estructura de dominación social<sup>15</sup> que ha deslocalizado la violencia social y golpea sin cesar a sus víctimas en la periferia. Sus consideraciones no pueden dar cuenta del modo en el que el increíble incremento de la productividad en el contexto de la Segunda Guerra Mundial –sumado a la pretensión de reconstruir lo que había sido destruido– llevó a que las mercancías, que según la tendencia de la historia apocalíptica del imperialismo carecían de competencia, se convirtieran en instrumentos para saquear las riquezas de la naturaleza y los recursos de los países denominados ‘subdesarrollados’ en lugar de aprovechar la abundancia real para poner fin al saqueo. De ahí que Pongratz y Voß no puedan ver el contenido histórico de aquellas fronteras que ahora están siendo “eliminadas” [entgrenzt]. Su amor por lo existente, que es el propio de los *parvenus*, les impide reconocer la violencia sedimentada en las “estructuras sociales”, cuyas “desintegraciones y reducciones, ya sean transitorias o permanentes”<sup>16</sup> lamentan tímidamente. Como ya no les está permitido sospechar que los muros que ahora caen son resultado de un movimiento negativo expansivo, cuyos rasgos fundamentales había descrito Marx, un movimiento que, por su propia pulsión interna, se ve forzado a ir más allá de la calamidad existente armado militarmente –de modo que las fronteras se erigían para protegerse de otros seres humanos–, estos sociólogos –volviedo la espalda a los seres humanos que siguen muriendo en la periferia ante la indiferencia general– dirigen la mirada desde el lado universitario del muro hacia su país, antaño pacífico, para constatar con sorpresa que esa paz ya no es lo que era.

<sup>15</sup> El propio Marx constataba al referirse a la tendencia a la concentración del capital: “La lucha de la competencia tiene lugar a través del abaratamiento de las mercancías” (Karl MARX, *Das Kapital*, vol. 1, *Marx Engels Werke*, t. 23, Berlín: Dietz, 1981, pág. 654 [trad. esp. en Madrid: Akal, 2000]). En cambio Gerhard Stapelfeldt escribía en 1980: “Creo que lo esencial de las sociedades latinoamericanas es que no puede efectuarse ningún desarrollo inmanente de los modos de producción, porque éstos siempre están un paso por detrás del nivel histórico alcanzado en los centros: como llegan demasiado tarde no son competitivos y por ello se les adapta por la fuerza al *status quo*. El desempleo y las barriadas de chabolas son la manifestación de una sociedad desintegrada; se diferencian tanto del desempleo actual, puramente capitalista, en los centros, como de las barriadas de barracas europeas en el siglo XIX” (Gerhard STAPELFELDT: *Peru. 'Im Namen der Freiheit ins Elend'. Notizen und Analysen*, Frankfurt a. M.: Fischer, 1984, pág. 60).

<sup>16</sup> Hans J. PONGRATZ y Günter G. VOß: “Von Arbeitnehmer zum Arbeitskraftunternehmer”, ob. cit., pág. 225.

Si la sociología actual fuera una ciencia capaz de reflexionar seriamente sobre sus presupuestos, cosa que ya no es; o si al menos no hubiera abandonado totalmente toda pretensión de verdad: si considerara las relaciones sociales actuales y, con ellas, la violencia en que se fundamenta su propia existencia y actividad científica, y si –partiendo de una reflexión seria sobre su propio estatus precario– analizara el problema del “autocontrol reforzado de la fuerza de trabajo”, no elaboraría sin cesar nuevas tipologías, sino que tendría que comprender en primer lugar el “regreso de lo siempre igual”. Un “siempre igual” que no ha podido regresar en las periferias del lujo de pacotilla ni al otro lado de las fronteras separadas por alambres de la OTAN, porque nunca se había ido de allí. Una sociología que no se hubiera aislado a priori de toda experiencia social e histórica, y por ello también de toda experiencia política –y hoy en día ésta requeriría al menos percibir el estado del mundo más allá de las propias fronteras–, reconocería que el motor de ese autocontrol que obliga a los empleados que quieren estar seguros a una situación de extrema inquietud es aún esa constelación que Marx describió como la posición del trabajador asalariado doblemente libre. Es más: partiendo de la toma de conciencia de que el trabajador, “como persona libre, dispone de su fuerza de trabajo en tanto que mercancía, pero que por otra parte no tiene otras mercancías que vender, desprovisto y despojado, está libre de todas las cosas necesarias para poner en práctica su fuerza de trabajo”, comprenderían que las fronteras acorazadas que los empleados tenían ante sí ofreciéndoles protección en la segunda mitad del siglo XX y que les permitieron ser trabajadores asalariados, vuelven a ser ahora permeables para el horror a causa de la crisis generalizada: permeables para unas condiciones de vida que durante algún tiempo fueron percibidas como una realidad descartada. El control estatal de las fronteras nacionales y el apoyo estatal al capital nacional ya no bastan para solucionar el problema de la valorización del valor en los centros y asegurar así el bienestar material.

Un pensamiento que haga suya la experiencia social está obligado a comprender que el trabajo a destajo en los *sweatshops* del Tercer Mundo nunca perdió su carácter de explotación salvaje ni de obligar a un “autocontrol reforzado”, sino que más bien el desplazamiento histórico hacia la periferia del autocontrol basado en el trabajo a destajo era un producto de aquellas fronteras y su motor era el propio desarrollo del capitalismo. Históricamente hay que tener en cuenta que las mercancías abarataadas, cuya eficacia fue privando a la humanidad en su conjunto de la posibilidad de una economía de subsistencia, permitieron el bienestar de los mis-



mos empleados cuya relativa seguridad se ve recortada hoy. De este modo se revela que –a partir de 1971– las posibilidades del sistema de socialización capitalista de sobrevivir a su propia crisis llegaron al punto, por una parte, de tener que integrar el socialismo realmente existente hasta su autodisolución y, por otra, de una producción de mercancías tan baratas que apenas necesitaban ya de mano de obra, de modo que podía buscar la poca fuerza de trabajo que aún requería allí donde el salario podía mantenerse a un nivel tan bajo como para corresponder al de la mercancía fuerza de trabajo: el de su mera reproducción. El movimiento que hoy rebaja a los antiguos empleados hasta convertirlos en “empresarios de su fuerza de trabajo” es el mismo que se les ha impuesto en las últimas décadas a los habitantes de la periferia, cuando se permitió que la economía política continuara celebrando la resurrección de la acumulación originaria –es decir, la expropiación de los fundamentos de la subsistencia material–. Este movimiento se vuelve ahora contra las fronteras que habían sido erigidas y comienza a eliminar el privilegio fruto del expolio histórico: la pobreza que había sido externalizada hacia la periferia vuelve de nuevo a los centros. La reflexión sobre este movimiento y sobre la violencia que se sedimenta en él –la protección militar y policial de la imposición del capital– permite entrever que la figura sociológica del empresario de su propia fuerza de trabajo es el correlato socialmente necesario del regreso de la exclusión por depauperización en las regiones que se creían a salvo de ella.

A partir de este movimiento es posible descifrar también los aspectos específicos de las relaciones laborales neoliberales en algunos sectores de los centros del capitalismo: la tesis de Marx de que los trabajadores no tenían nada más que perder que sus cadenas<sup>17</sup> arroja hoy luz sobre lo existente: hablar de una ampliación del “autocontrol”, como también de un *empresario de su propia fuerza* de trabajo, parece sugerir una idea de soberanía que refleja la única reacción posible a una miseria vital que pasa ahora a primer plano y se universaliza en todo el planeta. El miedo, que estrecha los horizontes hasta reducirlos a la pura lucha por la supervivencia, se revela como el único catalizador que ha salido ileso del interregno de la Guerra Fría, si bien las posibilidades de percibirlo han disminuido a causa de las condiciones aniquiladoras con las que él mismo se impone: el miedo se ha sublimado hasta convertirse en una forma de control que somete al sí-mismo hasta el punto de que éste sólo quiere tomar noticia del sufrimiento de los otros si puede

<sup>17</sup> Karl MARX y Friedrich ENGELS: *Manifest der Kommunistischen Partei*, ob. cit. (trad. cast. en Madrid: Alianza, 2002), pág. 493.

disfrutar de alguna manera con él, del mismo modo que reprime toda percepción de su situación desesperada y falta de perspectivas. Esta reflexión permite reconocer el incremento del autocontrol como lo que es: un estrechamiento de la perspectiva motivada por el miedo que la reduce a la mera eficacia, y eso en un mundo en el que ni siquiera el efecto logrado garantiza que se le dé un uso.

Por ello, es posible que a nivel fenoménico sea cierta la consigna a la que –según Pongratz y Voß– se enfrenta el empresario de su propia fuerza de trabajo cuando se trata de su autocontrol: “Da igual cómo hagan su trabajo, lo importante es que el resultado sea el deseado”; pero una perspectiva sociológica tendría que descifrar su contenido, y por ello completarla con otra frase, más amenazadora: “eso es lo único que les queda”. De modo que habría que interpretar la “suspensión de límites” del control como una reacción a la ilimitada impotencia –fijada a nivel mundial– y a la situación de vulnerabilidad total de los individuos y concebirla como un modo de integración y de afirmación de la heteronomía capitalista en-sí. De modo análogo al trabajador, el empleado actual en los centros del capitalismo, por una parte, es libre porque el progreso del capitalismo le ha despojado una vez más de unos medios de subsistencia únicos en la historia: el contrato de trabajo a tiempo indefinido que parecía garantizarle algo parecido a una subsistencia segura. Pero, por otra parte, también se le ha liberado para que se ponga a disposición de un mercado que antes no podía pasarse sin él, pero que ahora puede renunciar a tanta oferta que obliga a los afectados a adoptar formas de auto-sometimiento demenciales.

## II

De esta manera puede descifrarse también el contenido social –de dominación capitalista– del segundo punto mencionado por Pongratz y Voß. Si en uno de sus textos derivan la auto-economización forzada del incremento del autocontrol, también utilizan términos sociológicos desmaterializados para describir la solución dinámica del problema de la transformación: “El titular de la fuerza de trabajo, que actúa de manera más bien pasiva o reactiva en el mercado de trabajo, pasa a ser un *actor que actúa de forma estratégica* de un modo cualitativamente nuevo”<sup>18</sup>. Aunque no han olvidado completamente la herencia marxiana y saben perfectamente que su capacidad de trabajar es lo único de lo que disponen los afectados “para

<sup>18</sup> Hans J. PONGRATZ y Günter G. VOß: “Von Arbeitnehmer zum Arbeitskraftunternehmer”, ob. cit., pág. 232 (subrayado en el original).

garantizar su subsistencia”, presentan a unos individuos a los que se pone entre la espada y la pared como si fueran “actores”. Si desaparece la posibilidad de los individuos de ser algo más que meros ejecutores de funciones sociales, esta transformación se ve sancionada con una terminología que, por una parte, sigue pudiendo enlazar con el discurso académico y, por otra, parece sugerir que no es necesario reflexionar demasiado al respecto. Y es que estos sociólogos, en tanto que agentes de una sociedad capitalista que ha llegado a ser totalmente inmanente a sí misma<sup>19</sup>, no pueden entender las implicaciones de la referencia ideológica a un actor que actúa de forma estratégica. El hecho de que el desarrollo activo “de la propia fuerza de trabajo” conforme a criterios de eficiencia, “aprovechando todos los potenciales personales”, y el “laborioso marketing de uno mismo” de cara a los “potenciales empleadores-contratantes” hayan llegado a ser elementos necesarios y no puedan interrumpirse ni por un momento, son elementos que incluyen por principio la posibilidad de la reflexión sobre la propia represión y autorrepresión: las cuestiones de si se trabaja demasiado o demasiado poco, o de si el propio trabajo es insostenible, son algo que uno mismo debe reprimir. Pero este potencial no se ve simplemente asfixiado, sino que se moviliza al sopesar cuestiones como la capacidad concreta en la que el individuo debería hacer una mayor o menor inversión. A los potenciales sujetos, a los que el desarrollo social parece haber degradado definitivamente a meros “actores” –agentes de las formas sociales del capitalismo–, se les obliga a someter al primado de la valorización del valor su relación consigo mismos, la posibilidad de hacer algo agradable, de disfrutar de algo placentero o la simple función reproductiva del descanso.

En este contexto ambos autores reconocen que “el *carácter de mercancía de la fuerza de trabajo*” pasa de nuevo a primer plano, y que eso “tiene como consecuencia un *refuerzo del poder empresarial del mercado*”<sup>20</sup>. Pero no se percatan de que esta forma específica de reflexión –es decir, el modo como es integrada la reflexión sobre la

<sup>19</sup> Cfr. a este respecto el excelente ensayo de Robert HULLOT-KENTOR: “A New Type of Human Being and Who We Really Are” (en *Brooklyn Rail*, November 2008: <http://www.brooklynrail.org/2008/11/art/a-new-type-of-human-being-and-who-we-really-are> [última consulta: 12 de agosto de 2013]), cuyo único problema –por desgracia básico– es que, si bien logra exponer de modo fulminante los problemas del nuevo tipo humano, no tematiza explícitamente los del más nuevo tipo, el neoliberal. Con todo, en la primera parte del texto, así como en el relevante ensayo “El sentido exacto en el que ya no existe la industria cultural” (publicado en: *Constelaciones. Revista de Teoría Crítica*, n° 3, 2011, págs. 3-23) pueden encontrarse importantes observaciones para la elaboración de una antropología del tipo humano neoliberal.

<sup>20</sup> *Ibid.*, pág. 235 (subrayados en el original).

determinación de las propias condiciones materiales de supervivencia por la forma de la mercancía— se queda sin el aguijón crítico capaz de volverse contra la estructura de dominación en cuanto tal, mientras que por otra parte se movilizan las fuerzas de la reflexión para la última gran ofensiva del capital. Así es como pasa inadvertido a los autores que, en la fase de acumulación de la más severa crisis mundial de la valorización capitalista desde hace 80 años, a los seres humanos se les arrebató la posibilidad de reflexión mediante la amenaza constante de perecer, precisamente apropiándose de la reflexión sobre la propia forma de dominación para el mantenimiento de esta: la atención a la forma es sustituida por un incitante presentimiento de su contenido petrificado: que la única alternativa es esa muerte miserable a la que los actuales empresarios de su fuerza de trabajo han aprendido a resignarse, siempre que tenga lugar en otras regiones del mundo.

El hecho de que incluso la reflexión sobre la forma social de dominación sin sujeto, en tanto que forma de dominio forzado y exhausto, ya no ofrezca un estímulo para salir solidariamente de ella y para interrumpirla, sino que lleve a su exacerbación, a un sometimiento más profundo, es algo a lo que estos autores —que apuestan por posibilidades de resistencia sindical y las buscan— no pueden contraponer ningún conocimiento. Dado que la reflexión sobre sus fundamentos constitutivos se ha convertido en algo tan insoportable para el pensamiento, como para el empresario de su propia fuerza de trabajo recordar el saqueo histórico que ha estado en su origen, la tarea de comprender realmente la objetividad social ha sido abandonada y se ha aprendido a pasar por alto desde el punto de vista sociológico que, en las últimas décadas, en los centros del capitalismo, el trabajo sindical se ha llevado a cabo en la práctica como uno de los medios para asegurar al fallecimiento del agitado movimiento una existencia en permanente desplome. En lugar de hacer frente a un proceso de valorización capitalista cada vez más precario con una solidaridad a escala mundial —aunque sea una solidaridad aparentemente desesperada—, el trabajo sindical centró sus esfuerzos en la integración de la voluntad de los trabajadores.

El hecho de que la sociología sólo pueda responder al miedo ante el posible final del modo de socialización capitalista —percibido como carente de alternativas— y a la realización de sus consecuencias con una especie de tartamudeo sociológico sólo puede parecer consecuente. Hablar de “actores” puede ser algo tendencialmente verdadero cuando se refiere a personas que han aprendido —de sus representantes sindicales, de sus sociólogos del trabajo y de la terrible realidad de los

que se mueren de hambre— a luchar por sí mismos y contra todos los demás de modo tan rígido como desesperado. Desde que ya no cabe la esperanza en la resistencia, los individuos se han visto socialmente reducidos a “actores”, y sus acciones se dirigen al único fin de integrar todos sus potenciales en la estrategia de la valorización del valor y garantizar así la base de su violento negocio. De acuerdo con ello, en este proceso de adaptación —que históricamente se ha extendido a lo largo de las últimas décadas— desaparece toda forma de reflexión que reprodujera algo más que la mera inmanencia. O mejor: el potencial de trascendencia se ve integrado. La propia aspiración a algo más hermoso que el mero seguir-así queda realmente subsumida en la única forma de reflexión tolerada —e incluso reclamada— por las relaciones sociales: cómo resaltar aún más el propio trabajo, la propia fuerza de trabajo, y lograr que el mero seguir-así tenga más energía y mejor aspecto. Si, como escriben estos autores, la consigna en este respecto es “Pueden quedarse con nosotros tanto tiempo como puedan asegurar y demostrar que se les necesita y que producen beneficio”<sup>21</sup>, la frase que habría que añadir para ajustar esto a la realidad sería: “Y hace ya tiempo que quien no lo hace perece”.

El actor, que ya no puede distraerse con ninguna otra cosa y consigue así un perfecto ajuste a la realidad, es aquel al que la objetividad —aunque sea su propia corporalidad— le incitaría de modo preconsciente a añorar algo más hermoso y gratificante, y su única respuesta posible es integrar este anhelo en lo único que puede someter a su control: su fuerza de trabajo. Llevar este anhelo al mercado se convierte para él y para el potencial inversor en una promesa de que en algún lugar todavía será posible extraer plusvalía. Los individuos, que en tanto que “usuarios” de la industria cultural digital se han convertido en verdaderas “máquinas de obnubilación”<sup>22</sup>, en relación al trabajo pasan a ser “máquinas de valorización”. En la crisis del capitalismo neoliberal, la desaparición simultánea de una capacidad de consumo solvente y de la necesidad del trabajo coinciden en la creciente relevancia de

<sup>21</sup> Ibid., pág. 232.

<sup>22</sup> Cfr. Arne KELLERMANN: “Der Fetischcharakter in (Zeiten) der Digitalisierung. Und die Regression des MP3-Hörens”, en: A. Eusterschulte y J. Maiso (eds.): *Kritische Theorie der Kulturindustrie. Fortzusetzen*, Würzburg, Königshausen & Neumann, 2014 (en prensa); para un análisis en profundidad, cfr. Jordi MAISO “Vergebliche Wiederholung? Kulturindustrie, gestern und heute”, en: ibid. Cfr. también Robert KURZ: “Kulturindustrie im 21. Jahrhundert”, en: *Exit! Krise und Kritik der Warengesellschaft*, 9, 2012, págs. 59-100; Gerhard STAPELFELDT: “Versuche über Un-Wirklichkeit”, en *Kritiknetz – Zeitschrift für Kritische Theorie der Gesellschaft*, 2012: <http://www.kritiknetz.de/index.php/kritischetheorie/1193-versuche-ueber-un-wirklichkeit> (última consulta: 12 de agosto de 2012); Robert HULLOT-KENTOR: “El sentido exacto en el que ya no existe la industria cultural”, en: *Constelaciones. Revista de Teoría Crítica*, nº 3, 2011, págs. 3-23.

la apariencia en el respectivo resultado buscado: el consumo se convierte en un medio para cerciorarse de la belleza del propio mundo, al igual que el trabajo se dirige a generar la apariencia de una producción real de plusvalía. Si este nuevo mundo feliz del uso autónomo de un mundo digital heterónimo es combustible para la sonrisa forzada en los rostros de los individuos a lo largo de todo un día de trabajo sin sentido, también lo es la producción de sentido en el trabajo, que viene de la nada pero promete ser todo: incluso algo más hermoso que el trabajo mismo. Que en las biografías azarosas haya podido sedimentarse algo que permita abrir nuevos mercados de consumo mediante la expropiación del empleado doblemente libre, es lo que fundamenta de modo objetivo la fe en el brillo de un trabajo autorrealizante: porque dicho trabajo anticipa el brillo del logro consumado que el capitalismo en proceso de descomposición necesita de manera tan urgente. Bajo la apariencia necesaria de ser algo especial, de que el propio proyecto no es una tontería más sino algo necesario —pues sin esta idea sería imposible vender el proyecto y la autoexplotación resultaría insoportable—, acecha la certidumbre de que dicho proyecto es perfectamente superfluo y de que tras esa inconsciencia asoma la amenaza de la exclusión social.

### III

A partir de la mediación de los dos puntos anteriores puede comprenderse el tercer rasgo fundamental del empresario de su propia fuerza de trabajo, que según Voß y Pongratz sería su punto culminante. Ambos señalan un “refuerzo de la autorracionalización y de la empresarización de la fuerza de trabajo”; una transformación en la “relación entre ‘trabajo’ y ‘vida’” que lleva a la “organización total y sistemática de todo el contexto vital de acuerdo con la búsqueda activa de fines específicos, que abarca todos los sectores de la existencia”, en el que la totalidad del contexto vital “se ajusta de un modo cualitativamente nuevo a las exigencias laborales”<sup>23</sup>. Para ilustrar este nuevo ajuste utilizan la metáfora del funcionamiento empresarial y, con Weber, lo definen como “una acción continuada ajustada a determinados fines”<sup>24</sup>. Es cierto que se apoyan en la caracterización marxiana de la mercancía fuerza de trabajo para distinguir el funcionamiento del empresario de su propia fuerza de trabajo del de una empresa cualquiera: al fin y al cabo, el objetivo

<sup>23</sup> Hans J. PONGRATZ y Günter G. VOR: “Von Arbeitnehmer zum Arbeitskraftunternehmer”, ob. cit., pág. 233.

<sup>24</sup> Max WEBER: *Wirtschaft und Gesellschaft*, Tubinga: Mohr, 1972 (trad. cast. México: Fondo de Cultura Económica, 1993), pág. 28.

de aquel es la “producción y puesta en el mercado de un producto en concreto [...], es decir el de la propia fuerza de trabajo, que no puede separarse de la propia persona”<sup>25</sup>. Sin embargo, para los autores este desarrollo implica tan sólo una “erosión de los límites estructurales habituales entre trabajo y vida privada”, y no que la vida en su conjunto se convierta en un infierno, algo que Kafka había logrado ver ya en el hecho de permanecer en la oficina<sup>26</sup>.

Como estos sociólogos ya no parecen barruntar nada del carácter infernal de lo existente, sus voces no desafinan en el coro neoliberal. Si cuando hablan de poder y control no sólo se centran en la empresa –o en los “objetivos empresariales de valorización”<sup>27</sup>–, sino que incluyeran también una noción de la falta de libertad social y del contexto de ofuscación en la que se apoya, se detendrían horrorizados antes de afirmar, usando la jerga del *management*, que en las “nuevas formas sociales del trabajo” también surgirían “nuevos espacios para la creatividad individual [!] y oportunidades de desarrollo [!]” que podrían ser aprovechadas “para hacer realidad intereses [!] privados [!]”. La absoluta falta de experiencia que cobra expresión en semejantes sandeces confusas no cesa por el hecho de que a continuación señalen que estas formas “por su parte” también pueden “dañar seriamente” la “vida privada”<sup>28</sup>. Los sociólogos para los que los seres humanos han sido cosificados como “personas”, y a los que los distintos “espacios para la creatividad individual” ya no les permiten ver la absoluta impotencia en un mundo administrado que pese a todo se encuentra en proceso de descomposición, ya sólo pueden hablar de “intereses” –una categoría que se refiere a la autoconservación–; ya no son capaces de reconocer anhelos que vayan más allá de la administración de los intereses, como tampoco se les ocurre que los intereses también pueden ser de carácter social y que un interés no privatista incluso podría poner coto a la reducción práctica del mundo a un objeto de meros intereses.

<sup>25</sup> Hans J. PONGRATZ y Günter G. VOR: “Von Arbeitnehmer zum Arbeitskraftunternehmer”, ob. cit., pág. 234.

<sup>26</sup> El 7 de abril de 1913, Kafka escribe a Felice Bauer: el principal objetivo de que decidiera trabajar duro en un huerto “fue el de liberarme por un par de horas del tormento, frente al trabajo fantasmal en la oficina, que por así decirlo se me escapa cada vez que intento entenderlo –*allí, en la oficina, está el verdadero infierno, y ya no temo ningún otro*–, quería realizar un trabajo monótono, honrado, útil, silencioso, solitario, sano, laborioso” (Franz Kafka: *Briefe an Felice*, Frankfurt a. M.: Fischer, 1976, p. 358 [subr. en el original]).

<sup>27</sup> Hans J. PONGRATZ y Günter G. VOR: “Von Arbeitnehmer zum Arbeitskraftunternehmer”, ob. cit., pág. 236.

<sup>28</sup> *Ibid.*

Como la conciencia académica contemporánea ya no es capaz de distinguir entre el mundo del capital y el mundo que conoce; como la experiencia no reglamentada está limitada a priori por la terminología contemporánea, los sociólogos de hoy pierden de vista la transformación conceptual de lo que aún pueden percibir a nivel fenoménico: es decir, que el afectado por las “formas de trabajo sin constricciones es todo el ser humano”<sup>29</sup>. Para poder llegar desde estas observaciones hasta el pensamiento conceptual, es decir, a la comprensión de que la apropiación del “ser humano en su conjunto” o de “la vida entera” se refiere sencillamente al temor por la propia supervivencia, necesitarían otro vocabulario: un vocabulario que al menos quisiera referirse a la objetividad y no se limitara a decir con cada palabra que lo dicho es una opinión científica (apologética), es decir, la antítesis de una ciencia [*Wissenschaft*] digna de ese nombre.

Al quebrarse la tradición de crítica de la sociedad, que no se apoyaba en una concepción de progreso positivista y libre de juicios de valor sino en el objetivo político de una realidad más vivible y que tenía su razón constitutiva en la mera prepotencia de lo existente en proceso de descomposición<sup>30</sup>, se han perdido también las expresiones que expresaban lo objetivo de manera objetiva. De acuerdo con ello, alocuciones (campechanas) como “pacto social” [*Sozialpartnerschaft*] o el modo en que la lengua alemana se refiere a la fuerza de trabajo como *Arbeitnehmer*, es decir, el que acepta el trabajo –una expresión que Pongratz y Voß no tienen reparos en utilizar–, translucen conformidad con lo existente. El uso de esta terminología conformista, que a lo sumo expresa las relaciones objetivas de forma ideológica<sup>31</sup>, ha llevado a la invención de un vocabulario afirmativo que favorece las

<sup>29</sup> *Ibid.*, pág. 237 s.

<sup>30</sup> Sobre la socialización capitalista, que se encuentra en descomposición de sus orígenes, y sobre su agudización actual, cf. Robert KURZ: *Geld ohne Wert. Grundrisse einer Transformation der Kritik der politischen Ökonomie*, Berlín: Horlemann, 2012; sobre el carácter administrado de ese desmoronamiento, cf. las explicaciones de Gerhard Stapelfeld sobre la “Dialéctica de la racionalización económica”, donde escribe: “Esa aporía del neoliberalismo [esto es, que el antirracionalismo neoliberal sigue vinculado con el racionalismo que le precede, A.K.] se manifiesta de modo práctico en que el ‘orden espontáneo’ irracional de la competitividad no triunfa frente al viejo intervencionismo de Estado de manera cuasi natural, sino que debe ser implementado de manera administrativa.” Gerhard STAPELFELDT: “Dialektik der ökonomischen Rationalisierung. Von der Kritischen Theorie zur Kritik der Politischen Ökonomie”, en: *Kritiknetz - Zeitschrift für Kritische Theorie der Gesellschaft* (2013), pág. 5 (cursiva de A.K.).

<sup>31</sup> Así en el “pacto social” [*Sozialpartnerschaft*] se expresa la constitución post-nazi de un pueblo que sigue dirigiendo sus contradicciones contra los extraños –incluso hasta en la referencia de Lafontaine a los ‘trabajadores extranjeros’– o en los ‘tomadores de trabajo’ [*Arbeitnehmertum*] se da expresión al hecho de que los sumisos asalariados alemanes nunca han tenido la voluntad de tomar otra cosa que la posibilidad de seguir siendo explotados bajo la forma del trabajo asalariado.



perspectivas de hacer carrera, pero también suplanta las nítidas distinciones que caracterizaban el aguijón crítico de los conceptos de la crítica de la sociedad. De este modo, el concepto de “sobreexplotación”, que iba más allá de su alcance normal en la medida en que la reducción del salario ya no permitía siquiera la reproducción del portador de la mercancía fuerza de trabajo –la propia supervivencia–<sup>32</sup> ha sido degradado en la neolengua de la segunda mitad del siglo XX a mera “explotación”. Mientras que la sobreexplotación se universalizaba de modo estructural en la periferia, en los centros del capitalismo se logró evitar lo peor por un tiempo. Como expresión de este desplazamiento –sobre todo geográfico– del dejar morir propio del capitalismo, se banalizó la sobreexplotación, que podía ser determinada de modo objetivo, como mera “explotación” –un fenómeno contra el que podía mobilizarse todo socialdemócrata de buen corazón–, con lo que lógicamente la explotación capitalista “normal”, que bajo las condiciones de la *golden age* pudo deshacerse por unos años de su rostro más sangriento en los centros del capitalismo, se presentó como una normalidad a la que no se la podía reprochar nada<sup>33</sup>. El “contrato leonino”<sup>34</sup> que el trabajador se ve obligado a aceptar porque le impulsa a ello la falta de medios para sobrevivir o para una producción competitiva, pasó a ser un mal aceptable en la era del estado corporativo que, por medio de una determinada comprensión de la cooperación al desarrollo, se ocupaba de que el robo en proporciones de sobreexplotación tuviera lugar en otras latitudes. Si la socialdemocracia no hubiera celebrado todo esto –o al menos si no hubiera participado en ello de forma activa y sin oponer resistencia– quizá hubiera cabido la posibilidad de comprender la constitución del empresario de su propia fuerza de trabajo en conceptos

<sup>32</sup> Cfr. Karl MARX: *Das Kapital*, vol. 1, ob. cit., pág. 626.

<sup>33</sup> Wolfgang Pohrt señalaba, ya en 1976, que esta normalidad no tenía nada que ver con la emancipación y estaba unida a la persistencia de la barbarie: “Los reportajes televisivos de las regiones plagadas por el hambre han marcado en cierto modo el concepto moderno del ser humano: una mísera criatura a la que se deja morir de hambre. No hay dominación sin el dominio sobre la vida y la muerte, y la relación de dominación que destruye el valor de uso en las metrópolis no terminará hasta el día en el que ningún ser humano más pase hambre. En este sentido puramente egoísta el Tercer Mundo se revela sumamente importante” (Wolfgang POHRT: *Theorie des Gebrauchswerts*, Frankfurt a. M.: Syndikat, 1976, pág. 39).

<sup>34</sup> En su curso sobre *Elementos filosóficos de una teoría de la sociedad*, Adorno parte del motivo del contrato leonino para señalar “el controvertido problema sociológico de si existe un primado de las relaciones de dominio frente a la economía o de la economía frente a las relaciones de dominio”, y recordaba que “el poder social ya se hace valer en el contrato de intercambio en el que se basa la relación laboral” (Theodor W. ADORNO: *Philosophische Elemente einer Theorie der Gesellschaft*, Frankfurt a. M.: Suhrkamp, 2008, pág. 114). Cfr. sobre todo la octava lección.

claros y rotundos, y no de limitarse a hablar de una “intensificación del aprovechamiento de la fuerza de trabajo como consecuencia de un trabajo desregulado”<sup>35</sup>.

Naturalmente, hablar sin ningún tipo de reservas de relaciones de sobreexplotación para referirse a los empleados doblemente libres sería un error, puesto que al fin y al cabo estos aún no roen el sudario al que se aferran a dentelladas los afectados de la forma más dura, hasta que terminan reventando miserablemente. Sin embargo, recuperar esta distinción permite recordar lo que sigue impulsando a los individuos y, de este modo, ofrecer una explicación materialista de por qué pese a la amenaza del *burn out* se extenuan hasta caer hechos polvo: la certidumbre de que la violencia que hasta hace poco estaba de su lado puede volverse sin más contra ellos. Si la amenaza de violencia ha crecido hasta lo inconmensurable desde la Segunda Guerra Mundial, y a menudo no se ha quedado en la mera amenaza, los antiguos (y aún hoy relativos) beneficiarios de las relaciones sociales saben de la brutalidad con la que se reprimiría todo intento de resistencia. Pero, más allá de eso, lo que la distinción entre explotación y sobreexplotación revela es la absurdidad manifiesta de todo el tinglado. Cuando, mediante el retorno del trabajo a des-tajo, el objetivo del capital se impone al individuo como el único objetivo, a cuyo servicio está todo el aparato de control que se impone a través del miedo, y cuando en consecuencia la valorización del valor –de la que los sociólogos deberían saber al menos que tiene muy poco que ver con objetivos humanos– se convierte en lo único a lo que se dedican los individuos; cuando además este desarrollo lleva a que la capacidad de reflexión se vea integrada a la fuerza en este proceso, entonces no habría que decir que las nuevas formas de trabajo, al eliminar la frontera que distingue el trabajo de la vida, afectan a “todo el ser humano”; al contrario, el pensamiento crítico tendría más bien que reconocer en el previsible fracaso de la producción de valor, a la que después de “todo el ser humano” ya no le queda nada que valorizar, que lo que cobra expresión en las nuevas relaciones laborales es una quiebra de la reproducción capitalista que ya sólo es capaz de realizarse de forma cada vez más quejumbrosa. Partiendo de una reflexión sobre los presupuestos sociales tanto del empleado doblemente libre como del académico, se trataría de llevar a cabo una crítica de su cotidiana apología práctica de la totalidad existente.

En lugar de movilizar a los sindicatos para una lucha por el ser humano en su conjunto –como hacen Pongratz y Voß– o de anticipar alegremente la tendencia

---

<sup>35</sup> Hans J. PONGRATZ y Günter G. VOß: “Von Arbeitnehmer zum Arbeitskraftunternehmer”, ob. cit., pág. 234.

aniquiladora que se manifiesta en el capitalismo contemporáneo –como hacen los postmodernos autocompasivos en despropósitos como *Dead Man Working*<sup>36</sup>–, habría que responder al discurso sobre la apropiación de “todo el ser humano” que la posible resistencia contra el movimiento del capital en crisis sólo podrá tener como objetivo a “todo el ser humano” cuando haya cesado la muerte de –per definitionem– “todos los seres humanos”. Si esto se deja de lado, los discursos podrán provocar consternación, pero no serán el “hacha” que pueda romper “el mar helado en nuestro interior”<sup>37</sup>. Por último, habría que recordar que hablar de “todo el ser humano” supone una burla adicional a las víctimas de lo existente, que ya ni siquiera se cuentan<sup>38</sup>, y de las que la conciencia contemporánea hace tiempo que no quiere saber nada.

En una palabra: partiendo de las transformaciones actuales incluso de un gran número de privilegiados y de su desbocada relación con la naturaleza, en lugar de subrayar lo negativo del desarrollo de la sociedad capitalista en sus disparatadas ambivalencias, habría que hablar abiertamente de la negatividad producida por la valorización capitalista, que entretanto se manifiesta abiertamente. Es necesario tomar conciencia de esto a partir de la reestructuración de la vida como un todo, una vida que ha sido completamente apresada, lo que indica que incluso la época en la que la vida era arrastrada “sin autonomía y sin sustancia propia”<sup>39</sup> era algo transitorio. Debería llevar a la reflexión teórica comprender que en las relaciones sociales más avanzadas no queda de aquella vida más que el sacrificio incluso del último resto que apunte a algo diferente, por más que ya no está asegurado de ningún modo el salario mínimo de un sacrificio absoluto como ese –seguir participando y sobrevivir–. La autoconservación exacerbada hasta el extremo que cobra expresión en la referencia a “todo el ser humano” habría podido redirigir la mirada

<sup>36</sup> Cfr. la reseña de la obra publicada en este número.

<sup>37</sup> Franz KAFKA: carta a Oskar Pollack, 27 de enero de 1904, en: Id.: *Briefe 1902-1924*, Frankfurt a. M.: Fischer, 1958, pág. 27. Estos discursos han olvidado también la sentencia de Benjamin: “Mientras siga habiendo un mendigo seguirá existiendo el mito” (Walter BENJAMIN: *Das Passagen-Werk*, [K 6, 4], Frankfurt a. M.: Suhrkamp, 1985 [trad. cast. en Madrid: Akal, 2005]) y sucumben por ello al mito, aparentemente omniabarcante, del mismo modo que no son capaces de comprender el más sencillo de los conocimientos del materialismo, ante el que tendrían que enmudecer por vergüenza: “Sólo lo más tosco sería delicado: que nadie más pase hambre” (Theodor W. ADORNO: *Minima Moralia*, Frankfurt a. M.: Suhrkamp, 2003, pág. 178).

<sup>38</sup> Los medios han dado la noticia de que la ONU ha dejado de contar las víctimas en Siria, lo cual puede ser considerado un indicio de todas las víctimas de la locura cotidiana del capitalismo, cuyo consumirse ante la indiferencia general ya ni siquiera es digno de ser noticia.

<sup>39</sup> Theodor W. ADORNO: *Minima Moralia*, ob. cit., pág. 13.

sociológica a un fenómeno que ya resultaba históricamente visible en el momento en que se descubrió el empresario de su propia fuerza de trabajo, pero que entonces fue desechado como mera “utopía negativa”: “la privación del consumo, el regreso de la pobreza de masas y el hambre socialmente producido”<sup>40</sup>.

## 2 LA SUPERVIVENCIA DEL SUJETO EN LA ERA DE LA SUPERFLUIDAD CONSTITUTIVA

*Los europeos son los que temen la muerte de modo más agresivo e intenso.  
Las culturas de otras partes de la tierra lo revelan de modo evidente.  
De ahí que en ellas la ‘autorrealización’ no sea algo tan importante.*

Imre Kertész

Para la crisis de la valorización del capital, que desde 1971 se ha ido desarrollando de forma cada vez más manifiesta, y que ha reanimado los problemas “clásicos” del capitalismo después del interludio de la *golden age*<sup>41</sup>, la “solución” clásica –la triada dialéctico-negativa de rearme, destrucción y reconstrucción– ya no era viable. En la constelación de 1971, el ritmo que se había impuesto en la historia de violencia capitalista como modelo inconsciente de solución de las crisis se había desajustado definitivamente: con el armamento atómico, el potencial de destrucción ha llegado a ser verdaderamente absoluto e imposibilita una “solución” bélica a las crisis del capitalismo<sup>42</sup>. Además, el mundo a conquistar se había dividido en estados nacionales formalmente independientes mientras que el desarrollo de las fuerzas productivas llevó de nuevo la composición orgánica del capital a los límites de la valorización. En esta constelación se impuso una solución del problema desconocida hasta entonces, que Robert Kurz describe de la siguiente manera: “En el fondo, el programa de desregulación neoliberal aspiraba a un keynesianismo de los mercados financieros a nivel global en el que el agotamiento del futuro propio del capi-

<sup>40</sup> Robert KURZ: *Schwarzbuch Kapitalismus. Ein Abgesang auf die Marktwirtschaft*, Frankfurt a. M.: Eichborn, 199. pág. 603.

<sup>41</sup> “Todos los problemas que habían predominado en la crítica del capitalismo anterior a la guerra y que en el lapso de una generación casi serían eliminados en la edad de oro del capitalismo –pobreza, desempleo de masas, empobrecimiento, inestabilidad– aparecieron de nuevo después de 1973” (Eric J. HOBSBAWM: *Die Zeitalter der Extreme*, ob. cit., pág. 506).

<sup>42</sup> Con ello no se discute el hecho de que siguiera habiendo guerras a pesar de todo, pero el potencial de destrucción atómico no permitía que éstas alcanzaran las dimensiones como para que su nivel de destrucción permitiera un nuevo asalto de reconstrucción capitalista que anulara de nuevo la crisis generalizada.

talismo se desplazaba cada vez más [...] hacia la financiación de créditos y burbujas de los capitalistas y los consumidores”<sup>43</sup>. Este nuevo modelo de valorización desubstancializada marcó el paso de la antigua cosificación a una nueva “desmaterialización”: un periodo marcado por la desintegración manifiesta que sin embargo tiene que mantener la ficción de que la forma de socialización capitalista que hace aguas ha superado las crisis por sí misma y de manera definitiva; que lo que ha sido socialmente reprimido no volverá a afectar a la sociedad. Así es como la integración de lo viviente bajo el dominio del trabajo muerto acumulado deja paso a la descomposición de la producción y a la exclusión social, que al mismo tiempo debe fingir –desde la estabilidad del dólar estadounidense como moneda de referencia hasta el proyecto del empleado doblemente libre– que el hecho de que la cuenta capitalista no cuadre, como Marx muestra a lo largo de todo *El capital*, se ha convertido en algo irrelevante. Por su imposibilidad objetiva, la presión por mantener la generación de una plusvalía ampliada tiene como consecuencia la superación capitalista de la producción capitalista: mediante la huida hacia una apariencia de que todo sigue funcionando. El capitalismo neoliberal, basado en la generación de burbujas, consiste básicamente en invertir en la apariencia de que la inversión no se vería afectada por la caída tendencial de la tasa de beneficio, mientras que ésta se acerca cada vez más a un punto de culminación absoluto. Pero en la medida en que las manifestaciones de este punto de culminación pueden verse por todas partes, desde el contrato de trabajo temporal y la construcción subvencionada de centros de producción hasta la estatalización de bancos en bancarrota<sup>44</sup>, la desintegración objetiva se convierte en presupuesto del capitalismo contemporáneo: si los que mandan se enfrentaran realmente a la fragilidad de cada uno de sus proyectos, y no lo hicieran marcados por la obligación de “venderlo” para generar beneficios a la primera de cambio –ocultando los detalles más desagradables–, el conjunto comenzaría a derrumbarse inmediatamente. El capitalismo ha pasado a una fase de

<sup>43</sup> Robert KURZ: *Geld ohne Wert. Grundrisse einer Transformation der Kritik der politischen Ökonomie*, Berlín: Horlemann, 2012, pág. 341.

<sup>44</sup> La producción de la apariencia, que ha llegado a ser constitutiva para el conjunto, lleva necesariamente por sí misma a una ideologización de la producción. Si en el mundo administrado la ideología había quedado reducida ya a una entidad miserable –a la afirmación de que “las cosas son como son” (INSTITUT FÜR SOZIALFORSCHUNG (ed.): *Soziologische Exkurse*, Frankfurt a. M.: Europäische Verlagsanstalt, 1956, pág. 179)–, en el mundo actual en descomposición este carácter inequívoco del mundo adquiere un tono aún más represivo: si no hay nada más que lo que existe y lo que existe se desmorona, a la humanidad que no termina de constituirse no le queda más que la pura nada, la negación abstracta: la muerte.

desmaterialización porque la mediación de las cosas se ha convertido en algo perjudicial para su funcionamiento: El desconocimiento de los aspectos más próximos de la estructura productiva y la quiebra del proceso de producción –que subrepticamente ya está teniendo lugar– se convierten en la base de un modelo de producción que ha de apropiarse constantemente de lo más próximo. Por su propia existencia, lo existente entra en una fase de descomposición<sup>45</sup>. Al capitalismo tardío le sucede una época en el que la universalización de la separación social se convierte –en cada una de las fases de la producción– en un presupuesto necesario de su ambiguo seguir en funcionamiento.

A esta desmaterialización generalizada, que se impone al individuo contemporáneo como empleado doblemente libre, es a la que éste tiene que adaptarse para intentar garantizar de alguna manera la reproducción de su vida. Si con el comienzo del capitalismo monopolista a finales del siglo XIX –el comienzo histórico del “capitalismo tardío”– el individuo burgués había perdido su coherencia; si los campos de batalla de la muerte industrializada de la Primera Guerra Mundial le mostraron de modo inequívoco su nulidad y los campos de exterminio y las bombas atómicas le permitieron hacerse cargo de su absoluta impotencia, hoy la pérdida de toda capacidad de los individuos de ejercer influencia social es lo que constituye su hundimiento. Si después de la Segunda Guerra Mundial el material humano cobró una cierta relevancia que –al menos en lo que respecta al consumo– permitió a los que se integraban una cierta autonomía y, con ello, el resurgir de cierta maltrecha fe en el progreso, esto no alteró en lo más mínimo la falta de capacidad de influencia de los individuos, que subrepticamente se siguió incrementando. Si la revuelta global en torno a 1968 supuso –como señaló Hans-Jürgen Krahl– el “duelo por la muerte del individuo burgués”<sup>46</sup>, pese a todos los progresos particulares que quedan por hacer en la estela de esas revueltas, sigue valiendo el “nadie lo ha hecho”<sup>47</sup>.

Si a mediados del siglo XX los seres humanos tenían que integrarse en las posiciones sociales que les venían asignadas y se les compensaba con la participación en un progreso sin precedentes en la producción de mercancías, el proceso de desmaterialización neoliberal hace que desaparezcan aquellos roles que ofrecían

---

<sup>45</sup> Este es también el motivo por el que el discurso denunciatorio sobre lo “existente” ha adquirido un carácter ideológico. Hoy habría que hablar más bien de lo que “se desmorona” y tener en cuenta a sus víctimas.

<sup>46</sup> Hans-Jürgen KRAHL: *Konstitution und Klassenkampf*, Frankfurt a. M.: Neue Kritik, 2008, pág. 25.

<sup>47</sup> Theodor W. ADORNO: “Aufzeichnungen zu Kafka”, *Gesammelte Schriften*, vol. 10.1, Frankfurt a. M.: Suhrkamp, 2003, pág. 271.

una relativa autonomía a los padres acomodados de la generación de los rebeldes del 68. Si bien esa autonomía se fundaba en la adaptación complaciente a lo que les venía socialmente dado, llevaba pese a todo a una coherencia cosificadora de los trabajadores. Por su parte, la generación de los rebeldes adquirió su subjetividad –concebida como resistencia contra la cosificación– tanto de la riqueza que había heredado históricamente como del posterior paso a una financiación basada en el crédito. Mantener el nivel de solvencia, que se basa en la posición tradicionalmente ventajosa de los países avanzados en el nivel de productividad, que se alimentaba de las enormes reservas sociales de capital propio y tenía su garantía última en la amenaza de violencia basada en la superioridad militar<sup>48</sup>; este nivel de solvencia permitió que el trabajo crecientemente improductivo para la valorización del valor siguiera en funcionamiento, mientras que el envejecimiento tecnológico de las formas de trabajo tradicionales llevaba a los individuos que se liberaban de ellas a buscar nuevos modos de hacerse útiles para el capitalismo. El capital, que aún no aparecía como miseria vital sino como medio para hacer realidad las propias ideas, expropia al trabajador de sus medios de subsistencia, mientras que deja al empleado doblemente libre elegir entre las diferentes vías –que hay que sondear de manera creativa– para identificarse con él. Los mecanismos de adaptación del sujeto, que habían sido centrales para la adaptación del individuo al “mundo administrado”, tuvieron como consecuencia que la carga libidinal de los objetos se viera sustituida por mecanismos narcisistas. El mundo posterior a 1971, que se encontraba en un estado de descomposición administrada, permitió a los que estaban pasando a ser realmente superfluos para el capital una huida al narcisismo absoluto, creyendo que acoger el final de la posibilidad de adaptación a solas con el capital suponía una liberación.

---

<sup>48</sup> Robert Kurz escribía sobre el mantenimiento del dólar como moneda de referencia después de haberse independizado del patrón oro: “La reconstitución del dólar como moneda mundial tuvo lugar sobre unas bases totalmente nuevas. En lugar de que la substancia del valor del dinero mundial tuviera su fundamento en el oro se trataba de una especie de garantía ‘política’, pero no a nivel meramente formal y jurídico, sino fundamentalmente militar. La moneda del poder mundial o del ‘superpoder’ del hemisferio occidental solo pudo desempeñar su función como moneda mundial a causa de este fundamento del poder” (Robert KURZ: “Weltmacht und Weltgeld”, en: *Widerspruch. Beiträge zur sozialistischer Politik*, 53, también accesible en: <http://www.exit-online.org/link.php?table=autoren&posnr=344> (última consulta: 12 de agosto de 2013)). Sin embargo Kurz, como buen marxista, tiende a analizar en lo que sigue ante todo el significado *económico* en sentido estricto de este “complejo militar-industrial”, en lugar de llegar hasta el amenazador fondo de este “fundamento completamente nuevo”.

Paul Parin y Goldy Parin-Matthèy describieron los mecanismos psicológicos de adaptación y sus repercusiones para la estabilidad del Yo<sup>49</sup> en un momento en el que éstos comenzaban a perder su base material. El más fundamental de los mecanismos de adaptación, la identificación con el rol social, perdía su substancialidad social con la desintegración socio-histórica del sostén real que ofrecían estos roles. Aunque la sociología descriptiva nunca haya tomado en serio este hecho, una formulación de Parin permite reconocer la importancia que los roles sociales tenían en las relaciones sociales: Parin habla de los “roles que cada uno debe asumir *para poder sobrevivir en esta sociedad*”<sup>50</sup>. El final de la frase que sigue a continuación –que el número de roles aumenta “en proporciones hasta ahora desconocidas”– permite reconocer una tendencia que alcanza un nivel cualitativamente nuevo en el neoliberalismo y en la forma de sujeto del empleado doblemente libre: hablar de los roles es posible en un momento histórico en el que la ejecución de roles identificables podía aún garantizar en cierta medida lo más básico: la supervivencia material. Si los roles claramente definidos se descomponen con el final del fordismo, esto permite reconocerlos como lo que fueron en ese interludio dorado: intersecciones objetivas del contexto social que permitían sobrevivir a los que se integraban en ellas. Si en el “mundo administrado” post-liberal estas intersecciones dependían ya de la asignación irracional de prebendas<sup>51</sup> –en tanto que no basada en la sociedad como un todo–, aquí podía sedimentarse aún una determinada racionalidad: eran residuos de formas precedentes de reproducción social que, pese a ser parte de la prehistoria, históricamente garantizaban aún una cierta racionalidad –una relación natural medianamente unida a la objetividad–, y se la permitían también a los individuos aislados. Con la desaparición de estas intersecciones en el neoliberalismo, que es la base nominalista del discurso de “la decadencia de los valores”, y

<sup>49</sup> Paul PARIN: “Das Ich und die Anpassungsmechanismen”, en id: *Der Widerspruch im Subjekt*, Frankfurt a. M.: Syndikat, 1977, págs 78-111.

<sup>50</sup> Paul PARIN y Goldy PARIN-MATTHÉY: “Der Widerspruch im Subjekt. Die Anpassungsmechanismen des Ichs und die Psychoanalyse gesellschaftlicher Prozesse”, en: *Der Widerspruch im Subjekt*, ob. cit., pág. 133 (subrayado del autor).

<sup>51</sup> Sobre esta distribución de prebendas como nueva forma de distribución en el capitalismo monopolista, cabe remitir a dos textos de Horkheimer y Adorno que permanecieron inéditos en vida de los autores, pero que resultan sin duda fundamentales. Por una parte “Zur Soziologie der Klassenverhältnisse” de Horkheimer, de 1943 (en id: *Gesammelte Schriften*, vol. 12, Frankfurt a. M.: Fischer, 1995, págs. 77-104), y por otra las “Reflexiones sobre teoría de clases” de Adorno (en id: *Gesammelte Schriften* 8, Frankfurt a. M.: Suhrkamp, 2003, págs. 373-391 [trad. esp. Madrid: Akal, 2004]). Una actualización posterior de la teoría de los rackets puede encontrarse en un texto de Wolfgang Pohrt que, por dónde apunta en términos de filosofía de la historia, es más que recomendable: *Brothers in Crime. Die Menschen im Zeitalter ihrer Überflüssigkeit*, Berlin: Tiamat, 2000.



en un momento en el que ya no parece haber más que ‘valores’ y las ‘culturas’ relacionadas con éstos, resulta tanto más importante tener presente el modo en que estos roles posibilitaban una constitución de la subjetividad –aunque fuera de forma cada vez más precaria–<sup>52</sup>.

El momento decisivo en la teoría de Parin, que sin duda puede considerarse un “complemento hasta ahora irremplazable de la psicología del Yo”<sup>53</sup>, y con ello un primer paso hacia una “teoría psicoanalítica de la acción social” –que además, a diferencia de la psicología social interdisciplinar y conforme con el capital, salva la “psicología social dialéctica de Freud” y posibilita un “psicoanálisis de los procesos sociales”<sup>54</sup>–, consiste en distinguir la “contradicción en el sujeto”. En lugar de entender las contradicciones psíquicas como conflictos entre el Yo y el Super-Yo –como hace Mitscherlich<sup>55</sup>–, Parin reconoce la decisiva internalización de las contradicciones en la propia instancia del Yo. Para delimitarse frente a Mitscherlich escribe:

“La diferencia parece pequeña, pero no lo es. Si el estereotipo del rol se convierte en un mandamiento interno [es decir, se integra en el Súper-Yo, A. K.] uno puede rebelarse contra ello, esto puede llevar al Yo, ya sea fuerte y maduro o débil e inmaduro, a la autorreflexión. De este modo el falso ideal que la sociedad ha introducido subrepticamente con el rol puede ser desenmascarado, perdiendo así su fuerza. De este modo se da un paso hacia la emancipación, se consigue un poco de libertad”<sup>56</sup>.

Y añade:

“Por el contrario, si el Yo se identifica con el rol ya queda corrompido. Uno no elige el rol, sino que le viene impuesto. Para no sentir esta coerción, el rol se introduce en el Yo; el falso ideal le sigue, complementando la falsa conciencia. El Yo se ve descargado. Ya no está solo, expuesto al miedo, y las defensas contra los deseos infantiles de protección y pertenencia se relajan. Uno se convierte en portador de un rol, participa en una institución, en un grupo. La autonomía

<sup>52</sup> Para quien crea que las categorías psicológicas no están sujetas a transformación, ordenar los mecanismos de adaptación desde el punto de vista de la filosofía de la historia puede parecerle algo arbitrario, pero el propio Parin, con sus “Reflexiones históricas finales”, parece sugerir esta interpretación en su texto.

<sup>53</sup> Paul PARIN: “Das Ich und die Anpassungsmechanismen”, ob. cit., pág. 96.

<sup>54</sup> Paul PARIN y Goldy PARIN-MATTHÉY: “Der Widerspruch im Subjekt”, ob. cit., pág. 114.

<sup>55</sup> Para la confrontación de Parin con la teoría de Mitscherlich sobre la relación entre la psicología y los roles, cfr. *ibid.*, págs. 116-118.

<sup>56</sup> *Ibid.*, pág. 117.

que ha perdido se ve compensada con las nuevas formas de gratificación que ofrece el rol”<sup>57</sup>.

Se trata de la incorporación inmediata de las estructuras sociales en el Yo, que permite al sujeto compensar su socavamiento forzado por las tendencias sociales en el mundo administrado. El resultado es una compensación frágil y quebradiza, pero que le permite mantener una cierta estabilidad, aunque pueda ser contradictoria. Pero con la desaparición de las intersecciones de relativa seguridad que cobraban expresión en los roles desaparece también este mecanismo de compensación.

Si en el párrafo arriba citado aparecen todos los motivos clave en este proceso –la coacción que se impone al sujeto desde fuera, la adaptación afirmativa del Yo, la función de descarga y de gratificación de esta adaptación y sus efectos regresivos, así como su tendencia inconsciente y conformista–, es importante analizar cada uno de los aspectos desde la perspectiva de la disolución de la seguridad que prometían los roles en la figura del empleado doblemente libre, ya que esta perspectiva se impone históricamente.

Frente a los discursos de las libertades en el mundo administrado –o en el mundo actual en descomposición administrada–, Parin insiste en un punto de vista materialista: “En general no existe libertad de elección alguna: el Yo tiene que adaptarse a la sociedad y no puede ponerse a buscar los roles que correspondan con los ideales que han ido cristalizando en el curso de su desarrollo personal”<sup>58</sup>. La dependencia fundamental del individuo respecto a la sociedad, que en el liberalismo se manifiesta abiertamente y que se reproduce tanto a través de las instituciones como a través de la descomposición administrada, es lo que constituye la coacción social a adaptarse a la constitución social del mundo tal cual es.

Como, a causa de la desaparición de las formas de asistencia del estado social, el “mundo exterior” ya no tiene “nada más que ofrecer” al individuo que la búsqueda desesperada de intersecciones que él mismo debe buscar y que le permitan sobrevivir, y como la “intención activa de transformar unas relaciones sociales insopportables” se ve brutalmente reprimida desde sus primeros movimientos, la protección contra la desesperación ajustada a la realidad obliga al individuo atomizado a asimilar la desaparición social de los roles que prometían seguridad de modo que su adaptación a esta situación desesperada se perciba como algo libre de coacción.

---

<sup>57</sup> *Ibíd.*, pág. 117 s.

<sup>58</sup> *Ibíd.*, pág. 127.

El empleado doblemente libre, que ya no está sometido a ninguna encarnación controladora del capital, se ve arrojado a una lucha por la autoconservación meramente individual y por ello absoluta. El autocontrol que requiere esta lucha exige un incremento sin precedentes del narcisismo que permita que el control del sí-mismo parezca incluso deseable.

Por ello la carga libidinal, que a través de los roles se refería aún a objetos –aunque fuera de forma distorsionada–, pero que con el incremento de la heteronomía dio paso a la ocupación libidinal del rol en cuanto tal, se sustrae incluso de esta instancia mediadora: si la situación social actual ya no ofrece roles que puedan garantizar una supervivencia social y la libre relación con la objetividad se encuentra tanto más desajustada, la adaptación actual del empleado doblemente libre –la interiorización de la contradicción social de una reproducción en vías de descomposición– consiste en el replegarse al único objeto que le sigue quedando al sujeto: el propio sí mismo. El sí-mismo solitario, liberado de toda objetividad, ofrece el potencial de llegar a ser algo, y por ello puede generar alguna forma de satisfacción. Si cada uno de sus proyectos cobra forma desde su propia individualidad, la satisfacción por el resultado positivo –independientemente del eventual absurdo del proyecto en cuestión– promete obtener los fondos para seguir financiándose u obtener nuevos créditos.

La necesidad de protección y pertenencia se ve satisfecha, paradójicamente, por el hecho de que el individuo está solo consigo mismo: la relación absolutizada consigo mismo resultante de la retirada de toda carga libidinal de la objetividad se convierte en algo infantil –abstractamente lúdico– que reprime la seriedad de la objetividad hasta que ésta cae con toda su fuerza sobre el individuo en cuestión. El empleado doblemente libre, que ya no puede tomarse el mundo en serio porque en su descomposición, objetivamente, ya no presenta coherencia alguna, encuentra un nuevo género de satisfacción en el rol de no tener que seguir siendo un ridículo portador de un rol.

La libertad negativa –no tener nada más que perder–, junto con la forma actual de una subjetividad carente de todo objeto, pasan a ser el fundamento del empleado doblemente libre. Esta forma de subjetividad es desesperada porque “la automatización le ahorra el esfuerzo de una autonomía [es decir, de una libertad para el objeto, A.K.] que resulta ya imposible y reduce el Yo al nivel de una satisfac-

ción sustitutoria de carácter secundario”<sup>59</sup>. Es actual porque la relativa autonomía del “material humano” en la fase anterior se ha evaporado con la desaparición de las prebendas y, en consecuencia, esa constelación se ha convertido en el presupuesto generalizado que Parin –en tiempos comparativamente mejores– había identificado como consecuencia de los intentos de liberación de los resistentes que aspiraban a la autonomía: el individuo se ve privado de las “gratificaciones secundarias de carácter narcisista” que aún permitía la identificación con los quebradizos roles. Si los que aspiraban a la autonomía se situaban, “lo quisieran o no, en oposición a la sociedad que los había sostenido y defendido y se declaraban sus adversarios”, hoy todo individuo ha sido clasificado como un adversario que, para reaccionar a esto, no puede sino identificarse con su propia subjetividad al margen de todos los objetos, y esto no es sino la contrapartida de una exclusión social que se generaliza cada vez más. Si el trabajador aún estaba unido a objetos garantizados por estructuras sociales que no podían ser transformadas de forma individual y lograba una gratificación narcisista a través de la identificación con el rol mediador, el empleado doblemente libre –en virtud de su amor a su propia libertad– se identifica con la disolución de toda objetividad social.

En el “empresario de su propia fuerza de trabajo” Pongratz y Voß no han reconocido más que un tipo predominante de rentabilización de una fuerza de trabajo trivializado como un “modelo social para la formación y el aprovechamiento de la capacidad de trabajo”<sup>60</sup>. El empleado doblemente libre se revela así como la institución social que, por su insuperada relevancia para la reproducción física y psíquica de los individuos, representa el catalizador fundamental del movimiento de valorización capitalista, cuyo carácter compulsivo parece haber aprovechado para su funcionamiento incluso el “límite de la cosificación” del que hablara Adorno<sup>61</sup>, si bien de forma desmaterializada.

Parin alude también en su texto a las dificultades para superar la identificación con el rol en el “mundo administrado”: “Antes de que el Yo pueda hacer memoria de sus necesidades originarias debe anular su homologación, recobrar su auto-

<sup>59</sup> *Ibid.*, pág. 133.

<sup>60</sup> Hans J. PONGRATZ y Günter G. VOR: “Von Arbeitnehmer zum Arbeitskraftunternehmer”, *ob. cit.*, pág. 226.

<sup>61</sup> Theodor W. ADORNO: “Das Schema der Massenkultur”, en *Gesammelte Schriften*, vol. 3, Frankfurt a. M.: Suhrkamp, 2003, pág. 331.

nomía, poder soportar la ansiedad y el miedo, reforzar el esfuerzo que requiere la autonomía”<sup>62</sup>.

Si, para poder conquistar cierta autonomía, y en vista de las cifras masivas de quienes perecen de hambre en el neoliberalismo –algo que ya ni siquiera escandaliza– y de la exacerbación de la amenaza de violencia que pesa sobre ellos, la reflexión se dirigiera a la propia superfluidad, la única perspectiva que se les ofrecería a los empleados doblemente libres sería una miseria enloquecedora. Por eso no les queda otra alternativa que identificarse con el rol que les ha quedado: seguir impulsando el funcionamiento del todo, cuya consecuencia aniquiladora presienten y temen, y por eso la reprimen, y esperar que esta voluntad de participación activa les permita seguir haciéndolo. Si Parin subraya que la identificación con el rol es “un proceso que hay que describir a nivel psicológico, un paso (entre otros) a través del cual un rol ‘objetivo’ pasa a ser ‘subjetivo’”<sup>63</sup>, esto es algo que se aplica también al empleado doblemente libre. Lo específico de éste es que cada paso en su lucha por la supervivencia solo es posible si hace uso de todas sus fuerzas. A nivel objetivo se encuentra implicado en estructuras que destruyen irreversiblemente la vida y su mera posibilidad; a nivel subjetivo se prepara para destruir todo lo demás.

La *ratio*, que se impuso antaño a los individuos en el proceso de adaptación, “no era solo” “lo opuesto” a la mimesis. Ella misma “[era] mimesis: la mimesis de lo muerto”<sup>64</sup>. La racionalidad contemporánea, por el contrario, que tiene que prescindir del objeto porque le resulta demasiado espinoso, ya no es manifestación de una conciencia cosificada. Ha pasado a una forma desmaterializada de la racionalidad que ha aprendido a amar la mera lucha por la supervivencia cueste lo que cueste –desde hace décadas y para todo el futuro–: es mimesis del matar.

*Traducción del alemán: Jordi Maiso*

<sup>62</sup> Paul PARIN y Goldy PARIN-MATTHÉY: “Der Widerspruch im Subjekt”, ob. cit., pág. 118.

<sup>63</sup> Paul PARIN: “Das Ich und die Anpassungsmechanismen”, ob. cit., pág. 96.

<sup>64</sup> Max HORKHEIMER y Theodor W. ADORNO: *Dialektik der Aufklärung*, en Th. W. Adorno: *Gesammelte Schriften*, vol. 3. Frankfurt a. M.: Suhrkamp, 2003, pág. 75 s. [trad. cast. Madrid: Trotta, 1995].